



CENTRO DE REFLEXIÓN EN POLÍTICA INTERNACIONAL

Análisis de coyuntura

Año 2020 / Mes: octubre / Nº 20

El Centro de Reflexión en Política Internacional fue creado en 1995 y tiene como objetivos principales: promover e impulsar una instancia de análisis, discusión y seguimiento de la política internacional argentina, analizada en sus diversas fases pasadas, presentes y futuras; y constituir un ámbito de capacitación, actualización y producción académica en Política Exterior Argentina.

¿Sobre idas y vueltas? Derechos humanos, principio de no intervención y posicionamiento de Argentina ante la cuestión Venezuela

Pablo Bezus¹

Venezuela hace ruido en la Argentina; es así hace años y no parece que vaya a cambiar en un futuro cercano, de la misma manera que tampoco parece que vaya a hacerlo la extrema situación que el país atraviesa hace tiempo. El desafío no puede ser otro que abstraerse del ruido e intentar llegar a explicaciones plausibles del comportamiento y actitud del gobierno argentino hacia dicha cuestión. Tal vez una interesante manera de comenzar sea comparando la posición del país durante el gobierno de Cambiemos (2015-2019) con la tomada por el gobierno del Frente de Todos iniciado en diciembre de 2019.

Para el ex presidente argentino, Mauricio Macri, la posición sobre Venezuela era cristalina: es una dictadura y el reflejo exacerbado de todo lo malo que trae aparejado la idea misma de “populismo”. El pedido de aplicación de la Cláusula Democrática sobre el país en el Mercosur fue una de las pocas precisiones de su programa en política exterior previo a su asunción en diciembre de 2015 (tal vez la única, si se exceptúan eslóganes del tipo “volver a poner la Argentina en el mundo” que, aunque puedan indicar un direccionamiento general de la política externa, no definen contenidos concretos de esta). Paradójicamente, esta fue una medida que no se llevó adelante tan velozmente como se había anunciado, tal vez, se especuló en su momento, por influjo de la entonces canciller,

¹ Licenciado en Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UCaLP) - Maestrando en Filosofía Política (UBA) - Miembro del CERPI, IRI, UNLP. Contacto: bezuspablo@gmail.com, Twitter: @PabloBezus, Facebook: <https://www.facebook.com/pbezus/>

Susana Malcorra², quien asumió en dicho cargo con la proyección previa de suceder a Ban Ki-moon en la Secretaría General de ONU. Una historia sin final feliz: Susana Malcorra no fue electa y en junio de 2017 dejó su cargo aduciendo, primeramente, razones personales, para revelar luego diferencias con ciertos actores preponderantes de la gestión macrista. Menos de dos meses después de la salida de Malcorra el Mercosur aplicó finalmente la Cláusula Democrática a Venezuela, suspendiendo al país en el organismo; cuestión que continúa de esta manera hasta el día de hoy. El motivo de tal suspensión fue la instalación de una Asamblea Constituyente desconocida por la oposición y por gran parte de los países del mundo (entre los países que sí reconocieron su legitimidad se encuentran China, Rusia, Irán y algunos países latinoamericanos como Bolivia, Nicaragua, El Salvador, Ecuador y Cuba), la cual continúa en vigencia al menos hasta finales del presente año, habiendo sido prorrogada luego de cumplir los dos años que, originalmente, se esperaba que durara.

Amén de avances y retrocesos, con algunas posiciones más duras y otras más políticas, la línea discursiva del gobierno de Cambiemos fue clara en su condena a Venezuela y al gobierno de Maduro, así como en el reconocimiento del autoproclamado presidente encargado, Juan Guaidó. Venezuela se convirtió de hecho (desde algún tiempo antes del gobierno de Cambiemos, vale aclarar) en una figura retórica recurrente con múltiples usos, un comodín siempre a mano para señalar derivas de las posturas de la oposición en su momento y el oficialismo gobernante ahora. La muestra más reciente y palpable de esto es Vicentin: tras el anuncio de intervención y presentación de un proyecto de expropiación del presidente Alberto Fernández (ambos proyectos frustrados: la intervención nunca pudo efectivizarse y el proyecto finalmente no fue presentado), los diagnósticos del tipo “vamos hacia Venezuela”³ y el fin de la propiedad privada no tardaron en aparecer.

Más allá de ese uso discursivo, en donde Venezuela es fundamentalmente una idea, en la coalición de Cambiemos (mutada desde 2019 a Juntos por el Cambio) había una postura clara y sin grandes fisuras sobre Venezuela, con posiciones más duras y más blandas según las circunstancias, pero sin diferencias esenciales. Venezuela no hacía ruido, o lo hacía en el sentido que al oficialismo le interesaba que lo hiciera. La situación es diferente para Alberto Fernández.

Para el actual presidente argentino, Venezuela es un escollo. Eso es lo más claro que nos dejó la primera semana de octubre de este año: el embajador ante la OEA, Carlos Raimundi, emitiendo un discurso crítico hacia la condena y, especialmente, el intervencionismo constante sobre Venezuela que, de alguna manera, restaba responsabilidad por la situación humanitaria a quienes, de *iure* o de facto, ostentan el poder en el país; la cancillería argentina teniendo que separarse muy sutilmente de sus dichos; el presidente expresando su disconformidad *off the record*; el país reaccionando con el voto afirmativo en la ONU a la resolución que condena la situación del país en términos de derechos humanos; y una (casi) embajadora de importancia no menor expresando su disconformidad y renunciando finalmente, de forma no poco ruidosa, a su cargo, el cual en términos formales ni siquiera había llegado a asumir por no estar aprobado su pliego. Los tiempos de la pandemia.

² En una aparición radial reciente, la ex ministra de Relaciones Exteriores y Culto aprobó el voto argentino al informe presentado por Bachelet. Véase: S.A., “Susana Malcorra destacó el voto de Argentina en la ONU sobre Venezuela: «Era lo que correspondía»”, *Infobae*, 08 de octubre de 2020, <https://www.infobae.com/politica/2020/10/08/susana-malcorra-destaco-el-voto-de-argentina-en-la-onu-sobre-venezuela-era-lo-que-correspondia/>

³ Sería un error restar importancia a estas expresiones. La insistencia discursiva con Venezuela tiene como trasfondo el hecho de que existe una parte importante de la sociedad que efectivamente cree que ese es un destino probable para la Argentina, más allá de lo indeterminada que pueda ser tal idea, vale decir: Venezuela es una perspectiva negativa cuyo contenido es más bien difuso, de ahí su eficacia discursiva. En el estudio de opinión pública de Zuban, Córdoba y Asociados correspondiente a septiembre del presente año (con una muestra de 1.200 casos y una encuesta estructurada realizada a través de una plataforma web), el 50,8% de los encuestados contestaron al predicado “Argentina va a convertirse en Venezuela” de forma afirmativa (31,8% muy cercano y 19% cercano) y el 41,2% lo ve como algo lejano e improbable (27,3% muy lejano y 13,9% lejano). Véase en: Zuban, Córdoba y Asociados, *Informe Nacional de Opinión Pública - Septiembre 2020 - 2da parte*, 2020, p.23, <https://zubancordoba.com/portfolio/informe-nacional-septiembre-2020-2da-parte/>

¿Por qué es tan problemática la cuestión de Venezuela para el gobierno argentino? ¿Hay, quizá, una ausencia de definición firme en la postura hacia la situación del país? No parece ser el caso. El gobierno argentino (al menos el presidente y su canciller, y eso debiera ser suficiente) tiene una posición clara con respecto a la situación venezolana, expresada públicamente y sostenida de hecho con bastante coherencia, que puede resumirse en los siguientes puntos: 1) la preocupación por la situación política, económica, social y humanitaria del país; 2) la defensa del principio de no intervención, entendida esta no únicamente como una potencial incursión militar sino también como cualquier otro tipo de intromisión mediante sanciones, particularmente económicas, que se hagan sobre el país; 3) el pedido de una solución por la vía del diálogo, la democracia y el consenso dentro del propio país que incluya a todos los sectores. Uno puede acordar o no con esta posición, pero no hay indefinición. ¿Por qué tanto ruido?

Hay, en primer lugar, una cuestión identitaria del espacio político gobernante. Venezuela es lo que quedó de la llamada ola rosa de populismos en la región, del cual el gobierno de Néstor Kirchner (con el actual presidente, Alberto Fernández, como jefe de Gabinete) y Cristina Fernández formaron parte. Hasta el año pasado aún pervivía otro modelo con resultados cualitativamente diferentes: el de la Bolivia de Evo Morales; dicho proyecto se interrumpió de forma abrupta, y aunque la muy reciente victoria de Luis Arce podría implicar, en un punto, un re emprendimiento de ese modelo, es muy pronto para decir cuánto de la Bolivia de Evo será retomado en la Bolivia de Arce. Lo cierto es que el eje progresista en Sudamérica de la primera década del siglo se diluyó, y es acaso doloroso para la identidad del kirchnerismo (y de ahí la efectividad de su uso en los discursos opositores) que el único país que supo sobrevivir a los distintos (y muy numerosos) embates y que consolidó de forma notable un proyecto político⁴ haya terminado en derivas autoritarias, altos niveles de violencia política, cuestionados estándares democráticos y graves y numerosas violaciones a los derechos humanos por parte del gobierno. El informe actualizado que Bachelet presentó en julio, en calidad de su cargo como Alta Comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, es sencillamente lapidario, refiriendo a detenciones arbitrarias, malos tratos y torturas a personas opuestas al gobierno, violencia sexual y de género y uso excesivo de la fuerza durante las manifestaciones, como resultado de las cuales ha habido 66 muertes durante las protestas, 52 de ellas atribuibles a las fuerzas de seguridad del Gobierno o a los así llamado *colectivos*. 1.569 personas (al menos) fueron asesinadas entre el 01/01 y el 19/05 del presente año por “resistencia a la autoridad”.⁵ En cualquier caso, un triste final (o tal vez deberíamos decir presente) para el proyecto bolivariano.

Otro aspecto que hace a la identidad del movimiento kirchnerista, desde el gobierno de Néstor Kirchner, es lo que podríamos llamar la causa de los derechos humanos, reivindicada por el gobierno de Alberto Fernández y con un espacio en su discurso frente a la Asamblea General de Naciones Unidas en septiembre de este año. Siendo el respeto y la defensa de estos derechos un eje de identidad del espacio y uno de los valores irrenunciables sobre los que se apoya, la posibilidad de desviar la vista ante los hechos testimoniados por el informe de Bachelet está a todas luces fuera de la mesa. Hay, sin embargo, una dificultad discursiva, lindante en la relativización, al momento de tratar la situación venezolana: el señalamiento a países denunciadores de Venezuela por violaciones a los derechos humanos en sus propios Estados o la indiferencia a situaciones de este tipo en otras naciones de la región. Si bien hay un punto no menor a señalar (el oportunismo o, si se prefiere, el acople a intereses foráneos, concretamente de Estados Unidos, que poco o nada tienen que ver con la situación humanitaria en Venezuela), este es un argumento falaz: señalar el oportunismo en base a intereses subyacentes de muchos países de la región al señalar

⁴ En un texto de reciente aparición, María Esperanza Casullo arriesga la hipótesis de que “*la radicalización discursiva, no la moderación, fue la estrategia más efectiva para mantenerse en el poder*” de estos gobiernos (M. E. Casullo, *¿Por qué funciona el populismo?*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2019, p.95).

⁵ Puede accederse al informe completo en el siguiente link: <https://www.ohchr.org/SP/NewsEvents/Pages/Display-News.aspx?NewsID=24788&LangID=S>

a Venezuela por las violaciones a los derechos humanos teniendo en sus propios países dudosas credenciales en el respeto a estos no invalida la cuestión de las violaciones a los derechos humanos en la propia Venezuela.

La segunda cuestión a la que se puede apuntar refiere claramente al colorido interno de la coalición gobernante. Entre los puntos de fricción que ocasionalmente pueden surgir, Venezuela resulta ser uno de los más relevantes entre los sectores más diplomáticos y los más radicalizados, los cuales, en general, se corresponden respectivamente con aquellos que tienen responsabilidad en la gestión y quienes no; aunque, como toda regla, esta encuentra su excepción. Esta estuvo personificada en la persona del embajador argentino la OEA, Carlos Raimundi, quien en una intervención en la sesión del Consejo Permanente del organismo relativizó el contenido de los informes presentados por Bachelet y atribuyó las violaciones a los derechos humanos en el país al intervencionismo extranjero: *“Venezuela ha sufrido un fuerte asedio de intervencionismo. Hubo amenazas de intervención, operativos y cortes de energía a las centrales que han generado serias cuestiones de violación a los derechos humanos”*⁶.

Las declaraciones despertaron la polémica y una vez más el gobierno se encontró a la defensiva, desaprobando por lo bajo las declaraciones del embajador y sosteniéndolo públicamente a la vez que se marcaba algún matiz con sus dichos. Así, el jefe de Gabinete, Santiago Cafiero, sostuvo durante su informe de gestión en el Senado que *“no hay distancia ni diferencia con lo que se vino haciendo siempre [...] También nos preocupan los derechos humanos en otros países de la región, como Colombia, Bolivia o incluso en la comunidad afroamericana en Estados Unidos”*⁷.

En una línea argumental más interesante, el canciller Felipe Solá dio en el punto al sostener que *“el problema fue que Raimundi dijo una parte sobre Venezuela pero no otra parte: que es la preocupación de Argentina en relación a los derechos humanos en Venezuela”*⁸. Y, efectivamente, eso es lo problemático del desprolijo discurso del embajador. La posición argentina constituye una unidad en torno a la defensa del principio de no intervención y, por tanto, la apuesta a una salida pacífica y por vía democrática del conflicto con la participación de todas las partes del país, y el reconocimiento de la grave situación que se vive en el país. Es una unidad de equilibrio porque sin uno de los dos elementos la postura del gobierno muta hacia otra diferente. En un tema donde la lectura tiende a hacerse básicamente en términos maniqueos, vale decir, en donde presiones de diverso tipo obligan a tomar una posición de condena absoluta y sin matices al régimen o de apoyo irrestricto y acrítico al gobierno de Maduro, mantener un equilibrio es un trabajo delicado. Si los representantes del país ante los organismos internacionales fallan en esa operación discursiva, tal vez no sean las personas más idóneas para ocupar esos cargos.

Lo que nos lleva al último factor. Venezuela no es hoy una prioridad de la política exterior del gobierno argentino, pero sí del gobierno estadounidense, con lo cual adquiere indirectamente para nuestro país una relevancia no menor. Primariamente, la agenda y los intereses inmediatos del gobierno argentino discurren por otros caminos. En su alocución ante la Asamblea General de la ONU, Alberto Fernández no mencionó el tema Venezuela (aunque tampoco, por cierto, hizo alusión a cuestiones regionales, sino que habló en términos más generales sobre la particular situación pandémica de este año). Hacia afuera, al gobierno le conviene mantener una posición prudente, defendiendo su posición en torno al no intervencionismo y la preocupación por la situación del país. Hacia dentro es un tema a evitar: cualquier alocución al respecto es señalada con dureza por propios y ajenos y coloca al presidente en una situación incómoda; basta recordar un episodio reciente, en julio de este año, cuando ante las duras críticas realizadas por la posición argentina ante Venezuela por un periodista afín al oficialismo, Víctor Hugo Morales, el propio presidente llamó al programa radial para defenderse en vivo. Esta polémica, que duró unos pocos

⁶ Puede verse la intervención en cuestión en el siguiente link: <https://www.youtube.com/watch?v=HfQqp8rQcuM>

⁷ S/A, “Cafiero defendió la condena a Maduro, pero cuestionó a Trump por los ataques a afroamericanos”, *La política online*, 07 de octubre de 2020, <https://www.lapoliticaonline.com/nota/129728-cafiero-defendio-la-condena-a-maduro-pero-cuestiono-a-trump-por-los-ataques-a-afroamericanos/>

⁸ S/A, “Solá sobre los dichos de Raimundi: “Se usa a Venezuela y cualquier declaración sobre ese país como parte de la grieta””, *A24*, 04 de octubre de 2020, https://www.a24.com/politica/sola-venezuela-declaracion-pais-parte-grieta-05102020_LDKzSs7fCw

días en la agenda pública, es exactamente la misma que se repitió tres meses después. Ningún tema de política externa argentina cautiva tanto en el país como la cuestión venezolana.

Tema a evitar adentro y afuera, en ambos ámbitos el Gobierno debe jugar al equilibrio. Sus intereses corren por otro lado: en este momento, por avanzar con la renegociación del acuerdo crediticio que mantiene con el FMI, en donde el papel desempeñado por el gobierno de Estados Unidos es determinante; a este respecto, poca diferencia parece que vaya a hacer cualquier resultado que se dé en las elecciones de este 3 de noviembre en el país del norte. Además, tras las tensiones despertadas por el fallido proyecto de postular a Gustavo Béliz a la presidencia del BID, es mejor evitar nuevos roces. El voto afirmativo, aunque con reservas, realizado por la representación argentina ante la ONU para aprobar el informe de Bachelet y prorrogar sus acciones en Venezuela, coincidente con la llegada de la primera misión del FMI al país y, por tanto, el inicio de las negociaciones formales, es prueba de eso. Una manera de equilibrar la balanza tras las inconvenientes declaraciones de Raimundi.

Por cierto, que las declaraciones de Raimundi hayan sido a título personal no es una explicación sino un problema: no es expresar esas posturas personales su función ni es la OEA el lugar para que lo haga; en tanto embajador, su rol es reflejar la postura del gobierno argentino. Si sus convicciones personales no se condicen con la posición oficial y le resulta imposible armonizarlas, tal vez debería dar un paso al costado. Tal fue la decisión de Alicia Castro, quien al no coincidir con la línea de política externa (a la que, en un golpe duro, asimiló a la del gobierno de Macri) renunció. La renuncia de Castro puede ser una molestia momentánea pero no representa un problema de largo plazo para el gobierno; lo que sí es problemático es tener embajadores que no coincidan con la línea oficial o no sepan expresarla cabalmente y con claridad, así como la aparente falta de importancia que el gobierno atribuye a esto: según Castro, el propio presidente le pidió que reconsiderara su decisión luego de anunciarla públicamente. El hecho tiene algún sentido: el presidente reparte las fichas de gobierno entre los distintos espacios que conforman la coalición e intenta, con mucho afán, conservar ese equilibrio interno tan vital para su gobierno⁹. Sin embargo, no parece considerar la conveniencia de evitar las ambivalencias en el frente externo.

⁹ En su carta de renuncia, Alicia Castro agradece la designación no al presidente Alberto Fernández, sino a la vicepresidenta Cristina Fernández. Véase en: S/A, "Qué dice la carta completa de renuncia de Alicia Castro", *Perfil*, 07 de octubre de 2020, <https://www.perfil.com/noticias/politica/que-dice-la-carta-completa-de-renuncia-de-alicia-castro.phtml>